

Entre la historia y las tradiciones populares

Nuevas perspectivas contemporáneas



Celso A. Lara Figueroa

Introducción

Después de exponer algunos puntos básicos sobre la Historia y la Folklorología, intento plantear ahora la estrecha relación existente entre estas dos ciencias sociales, que enfocan la realidad social en forma particular y que hacen uso del método científico.

Las correspondencias entre ambas son múltiples, y en la práctica se presentan inevitablemente. Bloch, historiador, opina al respecto que en una sociedad, "sea la que sea, todo se liga y determina. La estructura política y social, la economía, las creencias, las manifestaciones más elementales lo mismo que las más sutiles de la mentalidad" (Bloch, 1965: 144). Todo lo que existe en la sociedad no ha salido de la nada, tiene una tradición. Bloch agrega más adelante que en la medida en que la determinación de un hecho social tenga lugar de lo más antiguo a lo más reciente, "los fenómenos humanos se gobiernan, ante todo, por cadenas de fenómenos semejantes. Clasificarlos por géneros es, pues, poner de manifiesto líneas de fuerza de una eficacia capital" (Ibid.: 114).

Muchas de estas cadenas pertenecen al ámbito de lo folklórico, al que no pocas veces el historiador se ve precisado a recurrir.

Así como la etnohistoria ha reconocido la necesidad de hacer uso de la tradición oral, entre otras ciencias, para intentar explicarse la historia de los pueblos que no poseen escritura, asimismo el análisis de los hechos folklóricos es imprescindible para la comprensión de la historia de las clases populares de una sociedad dividida en clases y concretamente determinada, las cuales a pesar de ser las forjadoras de los movimientos históricos, la historia escrita raramente las toma en cuenta, creando, creando en sustitución los falsos héroes y los dolos "patrios", muchas veces en abierta contradicción con la verdad histórica. Lo que retendo, pues, es emprender la búsqueda de nuevas fuentes para el estudio del pasado en el mundo de las tradiciones populares.

El hecho histórico en el ámbito del Folklore

Antes de abordar el tema del folklore como fuente de pasado, se impone aclarar la forma en que se ubica el hecho histórico en el ámbito de las tradiciones populares:

1. Totalmente incorporado a la tradición folklórica

Lo pasado está unido de tal manera a la tradición, que ella misma, en su totalidad, cobra singular importancia hasta convertirse en un hecho histórico. Es el caso de los mitos, las danzas y el teatro popular, cuya temática está íntimamente ligada al pasado. También de las formas tradicionales de cultivo, la concepción del tiempo y del espacio, así como las técnicas y procedimientos de elaboración de las artesanías y el arte popular.

2. El hecho histórico no está sujeto rígidamente al acontecimiento acaecido, sino, por el mismo proceso de transmisión, ha sufrido transformaciones que lo han llevado a recubrirse de elementos sobrenaturales o mágicos. Pero estos cambios, hay que decirlo, son más de forma que de contenido.

Leyendas, casos y otros relatos orales que se refieren al período formativo de las sociedades, ilustran este punto. A dichos relatos, por su propia antigüedad, se les ha interpolado argumentos míticos, religiosos o mágicos.

Se trata de las narraciones de los tiempos heroicos (Van Gennepe, 1943: 94-100 y 185-191; Vansina, 1968: 168). Es el caso, entre otros textos, del **Popol Vuh** en Guatemala (Anónimo, 1965), y el titulado **Dioses y hombres de Huarochiri** del Perú (Anónimo, 1975), ambos relatos históricos con aspectos míticos incorporados. Al despojarlos de los mismos, se encuentra el hecho histórico más o menos perfilado.

Juan Brom presenta un ejemplo contundente con la utilización de la leyenda de Gilgamesh (Brom, 1972: 21-23).

3. El hecho histórico se encuentra sin deformación en la realidad tradicional

Abundan aquí los que aluden al pasado contemporáneo y a la historia local. Están presentes fundamentalmente en el folklore literario y sus especies: leyendas históricas, historia popular (o "tradiciones") y poesía oral, sobre todo en los romances y corridos.

En esta modalidad se concentra el pasado del pueblo, y se manifiesta, a su vez, de dos maneras:

a) Simón Bolívar. Y la verdad histórica lo confirma. El General Páez no era más que un llanero de las pampas venezolanas, que poco o nada de contacto había tenido con la sociedad refinada de la época.

De manera que el pueblo delinea perfectamente el carácter de los personajes y de las situaciones históricas.

Los acontecimientos tampoco sufren gran variación o deformación en el tiempo y en el espacio. Los corridos mexicanos y guatemaltecos, por ejemplo, dan la fecha exacta en que se desarrolla el acontecimiento a que se está refiriendo el fenómeno (Navarrete, 1963; Valenzuela, 1973; Lara F., 1975 (a): 9-15; 1975 (b): 8-9). Lo mismo sucede con otras especies del folklore literario (Mendoza, 1947; Chertudi, 1959; Lara F., 1975 (c): 9). Lo anterior está demostrando que, tanto el carácter del personaje histórico como las situaciones y los hechos narrados están concretamente determinados. El ámbito de variación y distorsión de los hechos transmitidos por la tradición oral propiamente dicha, es menor de lo que comúnmente se cree, porque precisamente allí está ese factor permanente que no permite mayor variación: la tradicionalidad inherente a todo hecho folklórico.

Esta tradicionalidad actúa con mayor fuerza en otros géneros del folklore como el material social y otros rubros del espiritual-mental, a los cuales me referiré adelante.

Sin embargo, lo anterior no invalida el hecho de que a veces se encuentran trastocados los personajes y acontecimientos históricos en una especie folklórica en particular, debido a defectos de transmisión. En este caso el historiador debe aplicar sus conocimientos críticos y proceder a comprobar la validez del hecho estudiado por medio de dos o más tradiciones de la misma especie, pero independientes entre sí. El historiador tiene que valerse de criterios rigurosamente folklóricos y del método de análisis de fuentes para poder establecer el grado de utilidad del fenómeno folklórico. Por otra parte, debe proceder a confirmar la información en otras fuentes que no sea la oral propiamente dicha: documentos, testimonios arqueológicos, datos antropológicos, etc.

El folklore como fuente de la historia

El folklore ha sido utilizado insistentemente en historia, pero nunca se ha reconocido su valor. Desde la antigüedad los historiadores se han valido del folklore para explicar muchos acontecimientos del pasado. Herodoto en sus **Nueve libros para la Historia** aporta un legado de hechos folklóricos de los griegos y otros pueblos con que aquellos compartían el mundo antiguo occidental.

Tucídides y Jenofonte recurren también a la descripción de tradiciones populares para describir el carácter de los pueblos que están historiando. Entre los romanos, las obras de

a) Aspectos históricos referidos a acontecimientos acaecidos a un nivel nacional y/o regional, en cuyo caso el pueblo puede narrar a su manera los hechos, resaltando unos y ocultando otros, los cuales generalmente no aparecen en los libros formales de historia, y

b) Aspectos históricos referidos a hechos locales; microhistóricos en el sentido que los entiende Luis Gonzáles y Gonzáles (1973: 26-33), y en donde aparece la historia de la aldea y sus campos, del pueblo, de la ciudad pequeña. Es la historia de la provincia que se nutre con los acontecimientos diarios que surgen en su seno y de los cuales todos se sienten partícipes. Hay, pues, certidumbre de la veracidad de los hechos históricos que viven en el folklore de estas tres formas. Sin embargo, no todos los autores coinciden en este punto. Ni folclorólogos ni historiadores. Así, para citar un ejemplo, Américo Paredes opina que la tradición oral "recuerda, pero no como recuerda la Historia (...), sino que construye su propio universo, independientemente del tiempo usando para ello los escombros de la historia" (Paredes, 1971: 211). Es decir que en la tradición oral quedan únicamente algunos jirones de hechos históricos aislados, a veces deformados, por el mismo mecanismo de transmisión.

Disenso de ese autor, por dos razones fundamentales:

1. Un hecho de la historia popular pierde su valor testimonial cuando se le toma y estudia aisladamente. Una especie de folklore literario, por ejemplo, pues una sola copia, una décima o una leyenda aislada, no dicen nada en historia, así como tampoco un solo documento sacado de su contexto dice mayor cosa.

2. No sólo la literatura oral en todos sus géneros, cuentos, leyendas, tradiciones, romances, coplas, décimas, etcétera, son fuentes de historia, como apunta Paredes.

Todo hecho folklórico es susceptible de convertirse en fuente de pasado, sea este social, orgológico o espiritual-mental.

En otras palabras, sólo tomado en su conjunto el patrimonio folklórico puede ser una ayuda imprescindible para el estudio de la Historia.

Por otra parte, y entrando al fondo del problema, el pueblo no trastoca sus personajes históricos como podría pensarse. Siempre les reconoce características que las más de las veces son verdaderas.

Así, en Venezuela, al general José Antonio Páez la tradición lo presenta como un personaje valiente y equitativo, pero brusco, de modales recios, sin el refinamiento que se le atribuye

Tácito y Julio César constituyen los ejemplos más dignos.

Las crónicas medievales contienen más folklore que historia, tan estrecha y sólidamente vinculadas, que es muy difícil separar ambos fenómenos. En el siglo XVIII el historiador inglés J. W. Gibson, no obstante el desprecio con que se refiere a los milagros de la iglesia y a las leyendas de los santos, hace constantes referencias a príncipes de siete cabezas, doncellas guerreras, etc. (en Paredes, 1971: 211).

Los hechos del pasado se transmitieron entonces, y aún se transmiten a través de leyendas, mitos, cuentos, etc., relatos que en algunos casos sobreviven todavía en la tradición oral y, en otros, han sido trasladados a letras de imprenta, pero que, de una u otra manera, dan pautas que permiten comprender y reconstruir el pasado. Un ejemplo claro y enteramente comprobado lo constituye el descubrimiento de Troya por Enrique Schliemann, que se debió fundamentalmente a que el arqueólogo alemán siguió a pie juntillas la ruta que Homero trazó en la Iliada, y esta obra no es más que un conjunto de leyendas y mitos que en el siglo IX a. de n.e. fueron folklore entre los griegos y que Homero recopiló. No obstante su contenido legendario, aporta datos históricos de suma importancia.

Juan Brom, para inducir a reflexionar sobre lo anterior, refiere que en el siglo XXV a. de n.e., se escribió en Babilonia sobre tablillas la historia Gilgamesh, "fijando así, con muchas interpolaciones míticas, un relato que se remonta un millar de años atrás" (Brom, 1972: 21). Aclara el autor que "la leyenda de Gilgamesh, desde luego, es eso: una leyenda: Sin embargo, no son pocos los elementos de verdad histórica que contiene. El propio personaje ha sido identificado como el Tercer Rey de la segunda dinastía que gobernó a la ciudad de Uruk. Muchas de las regiones que describe la leyenda pueden ser identificadas con mayor o menor precisión, y algunas de las acciones realizadas dan indicaciones acerca de acontecimientos ya muy difíciles de reconstruir" (Brom, 1972: 21-23).

Ejemplos como el anterior se encuentran también en la América pre y post-hispánica plasmados en leyendas, cuentos, mitos y otros relatos que mayas, mexicas e incas legaron en forma oral y escrita. La leyenda de Quetzalcoatl, para citar solamente un caso concreto, considerada hasta no hace mucho como leyenda pura, ha tenido confirmación a través de excavaciones arqueológicas. Lo mismo sucede con la profecía de Huitzilopochtli, para algunos historiadores una leyenda más, aunque al rastrear la ruta de peregrinaje de los mexicas, antes de su llegada al lago de Texcoco, se ha comprobado que gran parte de los lugares mencionados en el relato coinciden con la realidad (Ibid.).

De manera que determinados relatos (cuentos, leyendas, casos, etc.), que andan de boca en boca a través de la tradición oral de muchos pueblos, contienen datos históricos que pueden ser corroborados por medio de las excavaciones arqueológicas o bien confirmadas con los

documentos de archivo, no obstante presentar dichos relatos interpolaciones míticas de gran belleza que pueden inducir a confusión al historiador.

Juan Brom sostiene que las leyendas folklóricas de orden histórico han estado al alcance de los estudiosos desde tiempo atrás, sin ser aprovechadas, ya que han sido rechazadas por los historiadores eruditos que las tienen por documentos de novena categoría, cuando tienen la suerte de ser tomados en cuenta, o bien, como sucede en la mayoría de los casos, son totalmente despreciadas y relegadas al olvido.

Pero, en las últimas décadas, gracias al estudio y relatos a los que el autor hace alusión, se refiere fundamentalmente a los que ya han sido escritos, y que han perdido la oralidad como mecanismo de transmisión y vigencia. Están circunscritos más que nada al folklóre histórico.

Pero la tradición oral de los hombres que viven, trabajan y sufren en los tiempos presentes, ya que de alguna manera conservan su pasado por este medio, poco o nada ha sido utilizada por los historiadores. De manera que el folklóre vigente, tanto literario como no literario, es fuente de estudio de hechos históricos concretos. Dicha posibilidad lo convierte en material de primera mano, con rango tan importante como los documentos escritos y los testimonios arqueológicos.

Lawrence Gomme lo vislumbrará a finales del siglo XIX, cuando sostenía que los hechos folklóricos debían ser tomados en cuenta para el estudio del pasado (Cortazar, 1949(a): 15).

Refiriéndose al mismo tema, Américo Paredes afirma que hay hechos históricos sobresalientes, que han sido escritos y estudiados a base de relatos tomados de la tradición oral, puesto sólo en ella se encuentran los detalles necesarios para estructurar estos acontecimientos (Paredes, 1971:112).

Los historiadores ingleses contemporáneos, por su parte, se inclinan a creer que los hechos que cantan las baladas de tradición oral se aproximan más a los hechos históricos que las crónicas escritas, pues éstas son intencionadas, y, por lo tanto, deformadas, no así las primeras.

Estudios realizados en América Latina, demuestran la vigencia con que permanecen los hechos históricos en la tradición folklórica.

Merle E. Simona ha patentado la utilidad del análisis de un género de folklóre literario, el corrido, para desentrañar las actitudes históricas de un pueblo. Su estudio examina el corrido mexicano desde 1870 hasta 1950. Los sentimientos que conmovieron al pueblo están latentes en los corridos con mayor solidez que en los testimonios documentales. Cuando se

ciéndoles que daría como resultado una historia conjetural" (Niето Ocampo, 1975(a): 74).

De manera que, así como ausculta la documentación existente en los archivos y recurre a las hemerotecas para consultar periódicos impresos sueltos y revistas, el historiador debe recurrir al estudio concienzudo de los hechos folklóricos del momento histórico que está trabajando. Esta aprehensión de conjunto le dará, indudablemente, un panorama más claro y profundo del tema abordado.

Pero si los historiadores no han querido reconocer el lugar que le corresponde a las tradiciones populares en el estudio del pasado, los folklórologos, en cambio, han señalado su significación. Ismael Moya opina que el folklóre es un arma necesaria para el conocimiento del pasado de muchos pueblos, lo cual se extiende desde el conocimiento de las leyendas hasta la decoración de un tejido con escenas de la vida diaria y vasijas de los cultos funerarios que en una época fueron hechos folklóricos. Agrega que historia y folklóre se complementan y se entrelazan y que, "el folklóre no sólo es un perfil de la Historia, sino a veces se convierte en un índice orientador de los acontecimientos" (Moya, 1956: 129).

Según E. Mildred E. Merino de Zela, a través del análisis del folklóre peruano, "es factible reconstruir mucho de nuestra historia desde tiempos pre-colombinos a republicanos, a través de la literatura oral y coreografía tradicional. Como testimonio cultural, el folklóre constituye el repositorio del devenir nacional" (Merino de Zela, 1974: 76).

Toschi destaca la utilidad de la "canzone épico-lírica" para el estudio de la historia italiana, porque presenta elementos históricos legendarios que generalmente no están presentes en los documentos de archivo (Toschi, 1971: 146-147).

En su estudio sobre el folklóre del Táchira, Venezuela, Ramón y Rivera e Isabel Aretz sostienen que "las narraciones de hechos históricos o políticos son particularmente interesantes cuando el narrador ha sido testigo de los mismos", y arguyen que es tarea de los historiadores evaluar la fidelidad de dichas fuentes (Ramón y Rivera, Aretz, 1961: 170).

Isabel Aretz a su vez, opina que el folklóre "desentraña conocimientos antiguos que no suelen encontrarse en los libros de texto corrientes, y tiene gran valor, en sí y para reconstruir el antiguo patrimonio nacional" (Aretz, 1972: 220). La autora destaca la importancia del folklóre en la enseñanza de la Historia, opinión que comparte Paulo de Carvalho-Neto para el que las especies folklóricas que se refieren a hechos históricos, pueden ser aprovechados en gran medida, por el educador como "hechos motivadores" (Carvalho-Neto, 1969: 45-55).

Jesús Niето Ocampo se ha dedicado en México a desentrañar las relaciones entre folklóre e historia subrayando la importancia de la leyenda como fuente histórica (Niето Ocampo,

los analiza pormenorizadamente se esclarece mucho todo lo relacionado con la reforma agraria, la reforma política, la reforma y luchas religiosas, así como la actitud antinorteamericana de los mexicanos (Simmons, 1957:330-476).

Un trabajo, más conciso aún, lo ofrecen María del Carmen Ruiz Castañeda e Irene Vásquez Valle al estudiar, también en México, la época Juarista a la luz de los hechos populares (Ruiz y Vásquez, 1972: 5-51).

Raúl Porras Barrenechea opina que la historia del Perú nunca podrá ser completa si no se toman en cuenta los mitos y leyendas de los incas pre y postcolombinos, tarea que no ha abordado aún la historiografía peruana (Porras Barrenechea, 1973: 86-101).

A su vez Américo Paredes en reciente estudio, ha demostrado la factibilidad de estudiar un hecho pasado contemporáneo a través de los corridos populares del sur de los Estados Unidos (Paredes, 1958; 1974).

Erickson demuestra fehacientemente cómo el análisis de las formas tradicionales de canto en el mundo por medio del método cantamétrico, pueden echar luces sobre la historia de la humanidad (Erickson, 1974: 986-991).

Los ejemplos planteados anteriormente muestran las múltiples posibilidades que el folklóre ofrece como fuente histórica. Sus bondades se apreciarán cuando los historiadores sepan utilizar e interpretar sus aportaciones.

Asimismo es necesario insistir en que, cuando pretendo utilizar el folklóre en el análisis histórico, me guía la necesidad de encontrar otras fuentes objetivas que brinden la información básica indispensable para conocer y comprender a cabalidad un momento histórico determinado.

Por eso Américo Paredes recalca, en relación a lo anterior, que "hay sentimientos, actitudes de las masas del pueblo que no se inscriben en los documentos oficiales, pero que pueden afectar profundamente los acontecimientos" y que, "el folklóre de una región o de un período en particular es para el historiador por lo menos tan importante como lo son los diarios y otros medios de comunicación de masas que se conocen en la sociedad urbanizada" (Paredes, 1971: 214).

Asimismo, Jesús Niето Ocampo afirma que en el folklóre "encontramos una serie de datos, de actitudes y situaciones populares respecto a figuras y acontecimientos históricos que pueden servir como una fuente auxiliar para lograr una Historia más objetiva y menos clausista". Seguidamente se queja que "tanto historiadores como antropólogos sociales se han negado a darle valor a los hechos folklóricos como una fuente válida para la Historia, pare-

1975(b)). El argentino Carlos Vega afirma que el folklóre es la ciencia que permite ahondar con mayor profundidad en la historia cultural del hombre (Vega, 1960: 114-118). El folklóre -argumenta-, "incorpora a la historia todo un gran sector humano desconocido, olvidado, menospreciado, parte de la nación, brazo de su prosperidad económica, depositario de valiosas reservas morales y hasta de formas y estilos artísticos" (Ibid.: 118). "Las cosas actuales (que investiga el folklórologo) -agrega Vega-, iluminadas por el trabajo comparativo, adquieren fechas y funcionan como documentos históricos" (Ibid.:146).

Alfredo Poviña sostiene asimismo, que entre Historia y Folklóre hay una íntima afinidad (Poviña, 1954: 88-89), y Miguel Acosta Saigones que "el folklorista viene a ser (...) como una especie de escribano de los sectores ágrafos, donde la función fundamental de transmitir conocimientos es a través de la palabra y el ejemplo. El folklorista recoge -continúa Acosta-, para introducirlos en la corriente histórica, los elementos culturales conservados o creados por los sectores dichos. De no recogerse este material, se perderán preciosas informaciones para el estudio de multitud de fenómenos, sobre la dinámica cultural, sobre los procesos de endoculturación, acerca de los modos de interpretación de la realidad ambiental por parte de los sectores populares". (Acosta Saigones, 1962: 8).

Por su parte, Max Alejandro Melgar decía recientemente ante el II Congreso Nacional de Folklóre-Peruano que "en muchos lugares del mundo y específicamente en el Perú, acontece no obstante un caso: NO CONOCEMOS REALMENTE NUESTRA HISTORIA, porque la HISTORIA como disciplina científica adolece de muchas limitaciones. Una de tales limitaciones es precisamente la que nos induce a participar en este Congreso: EL FOLKLÓRE no es debidamente aprovechado como referencia coadyuvante decisiva en la investigación de nuestra Economía y/o de nuestra Historia" (Melgar, 1975: 17). Más adelante observa que el folklóre es el conocimiento "que el pueblo tiene sobre el pueblo, no es conocimiento de 'la actualidad', sino que un conocimiento del pasado. Es por tanto un conocimiento histórico; es el conocimiento o la práctica del pueblo, en dicha comunidad, en dicha región, o simplemente en dicho lugar" (Ibid.: 33).

Finalmente, Julio Caro Baroja realiza la utilidad de la literatura de cordel de temas históricos para el análisis del pasado de Andalucía y la península ibérica en general (Caro Baroja, 1969: 50-72, 119-120, 197-211 y 317-355).

El análisis de estas pocas opiniones de estudiosos de las tradiciones populares, converge en destacar el valor potencial que el folklóre tiene para el estudio de la historia. De manera que su utilidad depende de la preparación y agudeza del investigador. Vale la pena repetir nuevamente las palabras de E. H. Carr: el testimonio histórico no habla por sí mismo, es necesario que el historiador lo obligue a responder a sus interrogantes.

Por otra parte, el uso del folklore en historia se hace imprescindible cuando se toma en cuenta que, paralelamente a la Historia formal académica, que se conserva a través de documentos, corre la historia del pueblo, actor o espectador, que narra a su manera los mismos o diferentes acontecimientos; además, si su existencia está ya plenamente comprobada, la historia no puede seguir basando sus investigaciones únicamente en el testimonio escrito; con ello se está dejando mucha información valiosa, que proporciona tanto el folklore como las ciencias sociales en general.

Aplicación del folklore al estudio de la historia

Cuando se admite el folklore como fuente histórica, se le reduce a algunos géneros de folklore literario, sobre todo la leyenda. Pero el espectro debe ampliarse a todas las especies y géneros que estudia la folklorología, desde la leyenda y las mal llamadas "tradiciones", hasta los tejidos, la cerámica, la orfebrería, el vestuario, la alimentación, la expresión dramática, las creencias, las supersticiones, la música, etc. Porque las clases populares acumulan elementos de su pasado en los hechos folklóricos, cualquiera que sea su naturaleza. El historiador puede penetrar por su medio a la conciencia del devenir histórico que el pueblo tiene.

He aquí algunos ejemplos. Las formas tradicionales de cultivo enseñan mucho sobre la tenencia de la tierra, así como acerca de los problemas superestructurales de los diferentes modos de producción que se articulan en el agro, mostrando, además, su grado de evolución. Asimismo, los instrumentos de trabajo (de labranza, artesanales y otros), hablan sobre la historia y el concepto de trabajo que priva entre los campesinos de un área determinada.

El estudio del arte popular muestra el desarrollo de los patrones estéticos de las clases populares. En cuanto a estudios musicales, los análisis etnomusicológicos y organológicos buscan resolver cuestiones que atañen al pasado del pueblo. Y qué no decir de las creencias y supersticiones, que analizadas a la luz del método científico pueden aportar informaciones que permitan adentrarse en la conciencia colectiva y determinar su permanencia y transformación.

De manera que cada una de estas tradiciones populares tiene plena significación para el grupo social que la practica. En ellas se asienta gráficamente parte de la historia.

Y el estudio de esta historia no ha preocupado a los historiadores. Más bien les causa una despectiva indiferencia; pero dicha actitud no anula su existencia ni su importancia.

Por otra parte se argumenta en contra de la aplicación de las tradiciones populares a la historia, aduciendo que resultaría impracticable reconstruir el pasado de un pueblo basándose únicamente en su folklore.

del pasado tienen que transmitirse más por la vía oral y por otros medios populares que por la escritura y el documento.

Además, en nuestros países el documento recoge la opinión de una minoría muy pequeña, que a veces intencionalmente deforma la historia objetiva. La gran mayoría no cuenta en los libros latinoamericanos de historia, pero, sin embargo, esa gran mayoría tiene un pasado y ha desarrollado mecanismos para resguardarlo.

Por ende, si el mecanismo de transmisión del pasado de esta mayoría hace uso de la vía tradicional, por conducto del hecho que estudia la folklorología, el aporte del folklore es trascendental.

Si bien los archivos documentales constituyen la piedra angular en el trabajo del historiador, los archivos de la memoria oral guardan también documentos tan importantes como los primeros y no deben ser desaprovechados.

Pero el hecho folklórico no puede ser aceptado si antes no ha pasado por el tamiz de la crítica histórica. El historiador debe evaluarlo rigurosamente, como si se tratara de una fuente histórica documental o arqueológica.

Asimismo, todo problema que las tradiciones populares presenten en relación a su aplicación en la historia nacional, debe ser resuelto a la luz de criterios folklorológicos e historiográficos.

Aspectos metodológicos de la aplicación del folklore al estudio de la historia

Es necesario considerar cuatro puntos básicos en la investigación de las tradiciones populares aplicables al estudio del pasado:

1. Conocimiento del historiador de los aspectos fundamentales de la teoría del folklore

Para poder abordar con propiedad los hechos populares, el historiador debe manejar ampliamente los postulados, técnicas y métodos del folklore, así como los géneros y especies en los que se le divide para su análisis.

De no ser posible alcanzar esta formación, debe buscar el concurso de un folklorólogo que le ayude a evaluar correctamente los datos a estudiar.

En este caso, como en otros, se hace evidente la necesidad de planificar y llevar a cabo en ciencias sociales el trabajo interdisciplinario para obtener mejores logros en la aprehensión de la realidad social del hombre.

A ello hay que responder que, siguiendo los patrones y prejuicios historiográficos heredados por occidente, es más que imposible emprender esta tarea. La fuente escrita pesa demasiado en el espíritu de los historiadores. Pero si priva un criterio amplio, de búsqueda de nuevas fuentes para el estudio del pasado, el folklore tiene aplicación amplia, como se verá adelante.

El hecho folklórico y la ciencia que lo estudia, la folklorología, deben ser tomadas en cuenta como fuente para el estudio de la historia así como lo son la arqueología, la numismática y la iconografía.

Todo estudiado en conjunto: documentos escritos, hechos folklóricos, testimonios arqueológicos, documentación sociológica, económica, etc., arrojarán, sin duda una perspectiva más objetiva del momento histórico estudiado. Y esto, vuelvo a hacer hincapié, se debe a que el campo a estudiar, lo social, es una totalidad. La realidad se presenta integrada y no fragmentada. Por tanto, el acercamiento científico debe hacerse lo más integral posible, poniendo a funcionar las ciencias sociales en su conjunto.

El folklore, pues, aplicado al estudio de la historia es altamente productivo. Ya Carlos Vega le asignaba esta tarea, aunque reducida al ámbito de la cultura (Vega, 1960: 187). Sin embargo, los beneficios del análisis de las tradiciones populares deben hacerse sentir en todo el campo de la historia. Lógicamente hay una jerarquía en esta aplicación. Para unos temas su contribución será mayor, en otros, menor, pero sea cual fuere la cantidad de su aporte, el historiador no debe dejar de tomarlo en cuenta.

Posibilidades del folklore como fuente para la historia nacional

Aceptado que las tradiciones populares pueden ser fuentes de pasado, analizaré ahora la forma de aplicarlas al estudio de nuestra historia nacional.

Necesito aclarar, en primer lugar, que entiendo por historia nacional aquella que se refiere a un país o lugar determinado. Elaborada fundamentalmente a base de fuentes escritas y testimoniales, alude a personajes, entidades e instituciones de una nación. Resulta así, una historia de Guatemala, de Venezuela, de México, aceptada formalmente por consenso general.

La contribución del folklore al estudio de la historia nacional presenta múltiples posibilidades.

Al reflexionar sobre la realidad económico-social de la casi totalidad de países latinoamericanos, en los cuales más del 50% de la población es analfabeta, se repara en que los hechos

2. Unidad en la investigación y aplicación del hecho folklórico

Cuando se intenta aplicar el folklore a la historia, la información no se recopila aisladamente. El historiador debe iniciar sus estudios y construir sus hipótesis tomando como base un período o subperíodo de la historia nacional, para luego profundizar en el mismo.

su meta consiste en recoger, *in extenso*, versiones y variantes de todos los géneros de tradiciones populares que directa o indirectamente se refieran a ese período.

Por ejemplo, tres grandes etapas rubrican el desarrollo histórico de América Latina:

- A. Pre-hispánica
- B. Colonial
- C. Independiente o republicana

Cada una de estas etapas se divide en períodos de acuerdo con el proceso histórico propio de cada país.

Así, en Guatemala, que es lo que mejor conozco, la cronología de la vida independiente o republicana (siglo XIX), puede subdividirse de la manera siguiente:

1. Período de la república federal, de 1823 a 1848
2. Período conservador o del régimen de los treinta años, de 1848 a 1871
3. Período liberal, de 1871 a 1885
4. Período neo-liberal, de 1885 a 1944
5. Período de la revolución nacional democrática burguesa, de 1944 a 1954
6. Período de la contrarrevolución oligárquica, de 1954 a nuestros días.

Cada uno de estos períodos también puede dividirse en subperíodos, teniendo cada uno de ellos características histórico-sociales propias. Así, por ejemplo, si se toma como unidad de análisis el período del régimen de los treinta años, puede decirse en apretada síntesis, que se caracteriza por la permanencia de una rígida estructura social. El sustrato económico basado esencialmente en la exportación de cochinilla, tinte natural, es causa de una relativa estabilidad social y política. La iglesia dominó la política nacional en estrecha vinculación con los productores de cochinilla. Este orden de cosas empieza resquebrajarse en la década de 1860 al caer los precios de este tinte en el mercado internacional, debido al descubrimiento de los tintes artificiales en Alemania. La situación económica social de Guatemala hace crisis en el año de 1871. Se intensificó entonces el cultivo del café que ya se venía experimentando desde la década del 50 del siglo XIX. Este traslado de un cultivo a otro, como base económica del país, trajo por consiguiente una nueva redistribución de la tierra

y nuevas relaciones sociales. Esto abre la puerta al período liberal (1871-1885).

Pues bien, tanto el período conservador como cualquiera otro, pueden ser estudiados en su conjunto a través de fenómenos folklóricos, ya que permanecen vigentes leyendas, coplas, corridos, romances, literatura de cordel, etc., que se refieren a la época. Se han encontrado, además tradiciones tales como bailes, costumbres, comidas y oficios que hablan del pasado régimen conservador.

Es importante, pues, afrontar globalmente el período histórico, e inquirir en el folclore sobre los hechos a él referidos, para luego trabajarlos exhaustivamente, obteniéndose de esta manera una visión de conjunto de la historia no formal.

En seguida es necesario proceder a confrontaciones entre historia documental e historia oral y folklórica, cuyo examen arrojará la verdad objetiva del período estudiado.

Con los análisis anteriores se establece no sólo la información que proporcionan las fuentes escritas, los documentos de archivo, sino también se consigue un testimonio de lo que la gente, el pueblo, piensa de ese momento historiado.

La historia, entonces, dejará de ser árida, parcial y clasista, para convertirse en un relato que permite explicarse, con una aproximación mucho más grande a la realidad, el por qué de nuestro pasado, y el por qué de nuestro presente.

3. Recurrir a los informantes idóneos

Cuando se recopilan tradiciones populares relacionadas con la historia, debe recordarse que en la mayor parte de los poblados del interior de los países latinoamericanos existe una persona que funge como contador de historias. Es quien conoce el pasado del pueblo o aldea en todos sus pormenores. Y su trabajo constituye una actividad especializada que por consenso tácito la población ha dejado en sus manos.

Historiadores de este tipo conviven con **puetas, cuenteros, curanderos, entusiastas y ensayadores de loas**. Cada uno desempeña su función en circunstancias determinadas.

En muchas oportunidades se encontrará que el cuentero, el pueta y el "que sabe historias" son una sola persona, pero en otras recae en individuos diferentes.

En Patzún, Chimaltenango, Guatemala, un pueblo de indígenas cackchiqueles, vive don Simón Tzun, un anciano especializado en la historia del pueblo y de los indios cackchiqueles. Es poseedor de un enorme prestigio social y es fuente de primera importancia para el historiador.

Lo mismo sucede en otros países. En Sanare, Estado Lara, Venezuela, don Federico Castillo es el encargado de repetir los hechos más importantes del pasado de esa población. Tiene por misión enseñar a los niños jóvenes y desconocidos (Lara F., 1974(b)). En Otavalo, provincia de Imbabura, Ecuador, se ha reportado la existencia de indios especialistas en la historia de la región. Y qué no decir de los *griots* africanos, auténticos historiadores orales de reyes y pueblos (Bosschére, 1973: 31; Ngugi, 1971: 27).

Es, entonces, a quien el investigador debe recurrir en primer lugar. Luego se debe proceder a realizar un relevamiento general entre toda la población, porque, si bien hay individuos especializados en contar cuentos e historias, gran cantidad de habitantes del pueblo tiene conocimiento de la historia y tradiciones del lugar, aunque no las refieran con la perfección del especialista. Este procedimiento es esencial para recoger las múltiples variantes que una versión pueda presentar para el posterior cotejo y análisis que conduce a dilucidar la verdad que entraña una tradición histórico-folklórica.

Bibliografía

- ACOSTA SAIGNES, Miguel. 1962. **Estudios de Folklore Venezolano**. (Serie de Folklore). Caracas, Venezuela: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación. Instituto de Antropología e Historia.
- ARETZ, Isabel. 1972. **Manual de Folklore Venezolano**. 3ª. Edición (colección El Dorado). Caracas: Monte Ávila, Editores.
- BLOCH, Marc. 1965. **Introducción a la Historia**. 4ª. Edición. México: Fondo de Cultura Económica (Breviario No. 64).
- BOSSCHERE, Guy de. 1973. **De la Tradición Oral a la Literatura**. (Colección planteos estructurales). Traductor Rodolfo Alonso, Buenos Aires: Rodolfo Alonso, editor.
- BROM, Juan. 1972. **Para comprender la Historia**. 3ª. Edición. México: Editorial Nuestrro Tiempo.
- CARO BAROJA, Julio. 1969. **Ensayo sobre la literatura de cordel**. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente.
- CARVALHO-NETO, Paulo de. 1969. **Folklore y Educación**. Argentina: Editorial Omeba.
- CHERTUDI, Susana. 1959. "Las especies literarias en prosa" en **Folklore argentino** (Humanior. Biblioteca del Americanista Moderno. Sección E. Tomo IV). Buenos Aires: Editorial Nova.
- CORTAZAR, Augusto Raúl. 1949(a). **Bosquejo de una Introducción al Folklore**. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- ERICKSON, Edwin E. 1974. "La canción como huella histórica: estilos de cantar y la historia cultural americana" en **América Indígena**. Vol. XXXIV, No. 4 (México: octubre-diciembre), págs. 973-992.
- LARA FIGUEROA, Celso A. 1974(b). **Informe del Viaje de Investigación a Sansare, Estado Lara, Venezuela**. Caracas: INDEF.
- LARA FIGUEROA, Celso A. 1975(a). "El Corrido Guatemalteco" en **La Tradición Popular**, No. 4 (Guatemala, Centro de Estudios Folklóricos, USAC), págs. 8-9.
- LARA FIGUEROA, Celso A. 1975(b). "Documentos folklóricos para el estudio de la histo-

ria de Guatemala" en **Punto de Vista**, Año 1, No. 8 (Guatemala, febrero), págs. 8-9.

LARA FIGUEROA, Celso A. 1975(c). "Los terremotos de 1917-18 en la ciudad de Guatemala" en **Punto de Vista**, Año 1, No. 9 (Guatemala), pag. 9.

MELGAR VÁSQUEZ, Max Alejandro. 1975. "Las implicaciones científicas del Folklore y consideraciones sobre su preservación efectiva" en **Folklore Americano**. No. 19, segunda época (México, junio), págs. 17-34.

MINDOZA, Vicente. 1947. **La Décima en México**. Buenos Aires: Instituto Nacional de la Tradición.

MIRINO DE ZELA, Mildred E. 1974. "Hacia una Teoría del Folklore Peruano" en **Folklore Americano**. 2ª. Época, No. 18 (México, diciembre), págs. 51-78.

MOYA, Ismael. 1956. **Didáctica del Folklore**. (2ª. Edición). Buenos Aires: Editorial Schapire.

RIFE, Carlos. 1963. "El Romance tradicional y el Corrido en Guatemala" en **Universidad de San Carlos** (Guatemala, enero-abril, No. LXI), págs. 181-254.

NGUGI, James. 1971. "África y la descolonización cultural" en **El Correo de la UNESCO**. Año XXIV (enero), págs. 25-32.

NIETO OCAMPO, Jesús Ernesto. 1975 (a). "La utilidad de la leyenda como fuente histórica" en **Boletín del departamento de Investigación de las Tradiciones Populares** No. 2 (México), págs. 35-44.

NIETO OCAMPO, Jesús Ernesto. 1975 (b). "Los hechos folklóricos como fuentes para la historia" en **Sociedad Mexicana de Antropología**. XII Mesa Redonda (México, Xalapa, septiembre 9-15 de 1973), págs. 75-80.

PAREDES, Américo. 1958. **Whit his pistol in his hand**. University of Texas Press.

PAREDES, Américo. 1971. "Folklore e Historia: dos cantares de la Frontera del Norte" en **25 estudios de Folklore**. México: UNAM, págs. 209-222.

PAREDES, Américo. 1974. "José Mosqueda and the folklorization of actual events" en **Aztlán**, Vol. 4, No. 1, págs. 1-30.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. 1973. **Mito, Tradición e Historia del Perú**. 3ª. Edición. Lima: Ediciones retablo de papel.

POVIÑA, Alfredo. 1954. **Teoría del Folclore**. Córdoba: Editorial Assandri.

RAMON Y RIVERA, Luis Felipe e Isabel Aretz. 1961. **Folklore Tachireño**. Volúmenes I y II (Biblioteca de autores y temas tachirenses). Caracas: Editorial El Arte.

RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen e Irene Vásquez Valle. 1972. "La Musa Popular en la Época Juarista" en **Revista de la Universidad de México**. (Vol. XXVI, julio, No. 11), págs. 5-51.

SIMMONS, Merle E. 1957. **The Mexican Corrido as a source for interpretative study of modern Mexico (1870-1950)**. Bloomington, Indiana: Indiana University Press.

TOSCHI, Paolo. 1971. **Guida allo studio delle tradizione popolari**. (Serie di Antropologia e Religione). Torino: editore Boringhieri.

VALENZUELA, Wilfredo. 1973. "El Folklore, fuente de realizaciones estéticas". **Primer Seminario Nacional de Educación Estética**. Guatemala: 16 págs.

VAN GENNEP, Arnold. 1943. **La Formación de las Leyendas**. Buenos Aires: Editorial Futuro.

VEGA, Carlos. 1960. **La Ciencia del Folklore**, Buenos Aires: Editorial Nova.



Memoria histórica e identidad danzaria en Guatemala

Carlos René García Escobar



Seremos dueños de una cultura nacional verdadera cuando más de la mitad de Guatemala no sea analfabeta y no agonice en la miseria extrema y en la radical y ominosa opresión que nos devasta. Todas las etnias se comunicarán mejor por alto desarrollo de sus economías, por idioma común además del propio, carreteras, electricidad, elevación masiva de la cultura, de la salud, con historia y destino común y otros nuevos factores: así cabe imaginar que el rostro de Guatemala será el rostro de una nación que dejó de ser feudo y en donde sus mayorías con voz y poder son rectoras.¹

Luis Cardoza y Aragón.

Uno de los fenómenos sociales y artísticos guatemaltecos de enorme preponderancia a todo lo largo de su territorio, distinguidos nacional e internacionalmente debido a su inmediato reconocimiento por personas de todos los sectores independientemente de

donde provengan. lo constituyen sin lugar a dudas sus conocidos bailes, académicamente diferenciados desde 1987 por quien escribe como, *danzas tradicionales*.²

Es bien sabido que las danzas tradicionales, como las denominadas desde esos años, corresponden a una veta histórica, social y artística del actuar religioso y profano de los sectores históricamente populares de la nación guatemalteca, practicadas en un mayor porcentaje por los grupos mayances que habitan desde remotos tiempos la región. Un porcentaje menor lo constituyen los mestizos, también conocidos como *ladinos* y otro, por su población minoritaria, un mínimo porcentaje que corresponde a los garinagu, etnia afrocaribeña guatemalteca que habita en la parte noreste del país.

Como he expuesto ampliamente en otros lugares, las danzas tradicionales guatemaltecas, tal como las conocemos a principios del presente siglo XXI, se originan durante el siglo XVI, cuando se dinamizan al mezclarse los antiguos modos de danza mesoamericanos regionales, con los trasplantes danzarios hispanoeuropeos transmitidos por los españoles, y con los



¹ Cardoza y Aragón, Luis. **El Río. Novelas de Caballería**. 1ª. Ed. Tierra Firme, FCE. México, 1986. Págs. 757-758.

² García Escobar, Carlos René. **Talleres, Trajes y Danzas Tradicionales de Guatemala**. Editorial Universitaria, USAC, Guatemala, 1987 y **Panorama de las danzas tradicionales de Guatemala**. Bol. La Tradición Popular No. 71, Cefol-Usac, Guatemala, 1989.